

Juan Carlos González Faraco

LECTURAS EDUCATIVAS
DEL *QUIJOTE*
Textos e iconografía escolar

BIBLIOTECA NUEVA

Índice

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO: ESTE SOBREDICHO HIDALGO., de <i>Gabriel Janer Manila</i>	13
CAPÍTULO I.— <i>DE LECTONE</i> : DON QUIJOTE, LECTOR APASIONADO	21
CAPÍTULO II.— <i>EL QUIJOTE</i> : EL LIBRO, EL SÍMBOLO	45
Culto y reverencia	45
Un mundo de interpretaciones	53
El Quijote, objeto pedagógico	60
Realidad y ficción, sujetos y objetos, palabras y cosas	63
Personas, máscaras y personajes	74
CAPÍTULO III.—LECTURAS PEDAGÓGICAS DEL <i>QUIJOTE</i>	89
La teoría de <i>las dos Españas</i>	91
Don Quijote y el cervantismo	99
El <i>Quijote</i> , novela pedagógica: lecturas y relecturas	106
El <i>Quijote</i> , modelo para una educación católica. Cervantes, hombre de fe	110
El <i>Quijote</i> , norma moral y pauta para la vida. Cervantes, sa- bio moralista	117
Una lectura nacionalista del <i>Quijote</i> . Cervantes, patriota ...	126
Una lectura didáctica del <i>Quijote</i> . Cervantes, pedagogo	130

CAPÍTULO IV.—CONVIDADOS A UNA FIESTA	133
De 1605 hasta hoy, una larga aventura	133
Para una lectura antipedagógica	142
CAPÍTULO V.—EL <i>QUIJOTE</i> IMAGINADO: SELECCIÓN ICONOGRÁFICA COMENTADA .	153
El <i>Quijote</i> en imágenes	153
Imágenes del <i>Quijote</i> para los niños y las escuelas	160
Imágenes predilectas, imágenes tópicas	161
IMÁGENES DEL QUIJOTE PARA LOS NIÑOS Y LAS ESCUELAS	173
BIBLIOGRAFÍA	213

Prólogo. Este sobredicho hidalgo...

Este sobredicho hidalgo llamado Don Quijote de la Mancha, cuyas desventuras han sido leídas y releídas desde ópticas dispares a lo largo de cuatrocientos años, y que se asomó siempre a los ojos del lector mostrándole horizontes inéditos, que éste es a la postre el fin último de los textos clásicos, se hace de nuevo presente en este trabajo del profesor Juan Carlos González Faraco para bien de la pedagogía y ventura de los pedagogos, cuyo patrono debería ser el viejo Sileno, ayo y maestro, según refiere don Miguel de Cervantes, del alegre dios de la risa.

Preceptor de Dionisio, Sileno era un sátiro, casi un dios, que inculcó en su discípulo dos tiernos amores: el amor a la sabiduría y el amor al vino, sabiendo que uno y otro suelen ir casi siempre unidos. Cuando Sileno estaba ebrio poseía una sabiduría especial y es al análisis del aprendizaje de esta locura al que el profesor González Faraco dedica su esfuerzo: al aprendizaje de la visión dionisiaca del mundo a la que, tanto como la degustación de un buen vino —de aquel vino que Gonzalo de Berceo pedía como recompensa para sus versos—, puede contribuir la lectura que cuenta las andanzas del ingenioso hidalgo Don Quijote.

El caballero manchego fue un lector apasionado que se volvió loco de tanto leer. Don Quijote decidió vivir conforme a lo que ha-

bía leído. La lectura avivó en él —se nos dice— el deseo de vivir de otro modo. Leer como amar, como hacer el amor. Se hace el amor y huelgan comentarios, de la misma forma que sobran los comentarios de texto. La lectura como una forma de *amour fou*. Hace algún tiempo, el director de teatro Lluís Pasqual me decía lo mismo respecto a la representación. Hacer teatro es como hacer el amor. Y para hacer bien el amor, si no quieres que te salga un bordio, necesitas una cantidad suficiente de pasión y otra de técnica. Si sólo tienes técnica, mal te va a salir. Si únicamente manejas elevadas dosis de pasión, peor aún. Leer es, como hacer el amor, la conjunción de dos elementos extraños. Por eso es que a veces puede resultar surrealista. Y amor y pasión por las viejas historias de caballerías es en definitiva lo que siente y profesa el hidalgo manchego.

Pero el atrevimiento del profesor González Faraco va todavía más lejos, cuando es capaz de acercar a dos personajes lejanos en el tiempo —Miguel de Cervantes y el escritor cubano Reinaldo Arenas—, pero a la vez próximos. Ambos vivieron en la incertidumbre. Extraños en su tierra, encontraron en la palabra, en la hoja en blanco y en el humor esa patria posible que les negó su lugar de origen. Uno y otro experimentaron el ejercicio de la soledad. Leer le hizo olvidar a Don Quijote el ejercicio de la caza y la administración de su hacienda. Porque la lectura fue para él una rotunda pasión.

A lo largo de este ensayo se revisan las lecturas «pedagógicas» del Quijote, especialmente las que se llevaron a cabo con motivo del tercer centenario, hace ahora más de un siglo. Las llamadas «lecturas educativas» del Quijote. Pero sobre todo se define, frente a la pedagogía del deber ser, la lectura antipedagógica: la que no comenta, ni explica, ni interpreta el texto, sino que permite que sea el mismo texto el que fluya lentamente en el lector. Habrá que imaginar otras lecturas educativas para ese tiempo de modernidad tardía que es el nuestro. Y esas lecturas tendrán que ser preferentemente «antipedagógicas», irreverentes con la consabida formalidad de lo que se da como definitivo, contra lo inamovible y hermético. Leer es una forma de mirar, y es, como hacer el amor, una reinención perpetua. La triste figura del caballero loco, capaz de proponer nuevas interpretaciones de la realidad, nos lleva a la idea de la «antipedagogía» como ruptura, que sólo un profesor arriesgado y con duende —heredero del viejo Sileno— podía proponer.

Este ensayo, amable lector, que tienes en tus manos es a su manera frágil, vulnerable, instantáneo. Se mueve en el terreno de la duda, de la posibilidad, de la sugerencia. Me atrevería a decir en el espacio sorprendente del subjuntivo. La antipedagogía subjuntiviza la realidad. El subjuntivo es el tiempo de lo que todavía no ha sido: Si yo amara o amase... El subjuntivo educa sin tener la intención de educar. Se trata, pues, de una declaración de guerra a la pedagogía como teoría del deber ser, como arte de la reproducción. Siempre más cercano a lo que pudiera ser.

Contra la lectura domesticada, la lectura antipedagógica nos abre el espacio donde las palabras se erotizan y se convierten en una fuerza incontrolable que puede conducirnos a la locura o a la ética. La palabra, la patria posible. Reinaldo Arenas y Cervantes vivieron en la incertidumbre, a contrapelo. Carne de destierro, su vida fue posiblemente un naufragio. Un naufragio es también la vida para María Zambrano, la dama peregrina. Extraños en su tiempo, ambos heridos. Cervantes, pendenciero, soldado, cautivo en Argel, saboreó el dolor del presidio, la incomprensión, la hostilidad, el exilio. También, Reinaldo Arenas. El fracaso de Don Quijote, en un tiempo que busca el éxito fácil, la riqueza y el triunfo, puede que sea un modelo ético. El fracaso personal de Don Quijote es el símbolo de su superioridad moral. Quiere llevar aquello que ha leído a la vida, por eso sabemos que leer historias de ficción, atreverse a recorrer sus paisajes, equivale a vivir.

Debiera poner el acento en el segundo capítulo de este ensayo donde se habla del culto devoto y reverencial al Quijote, del homenaje perpetuo a que ha sido sometido, mientras que era leído más bien poco. No deja de ser políticamente incorrecto a estas alturas citar un texto de don José María Pemán, de 1947. Tal vez, tengamos que comenzar siempre por Pemán: «cuando todos ponen las manos sobre alguien, al cabo de los siglos acaba por no saberse si aquello es una apoteosis o un linchamiento». Hemos padecido demasiadas lecturas pedagógicas del Quijote, un exceso de frases educativas, demasiados comentarios. La antipedagogía es una propuesta contra el pedagogismo de la obra de arte que la ensombrece, que arruina sus posibilidades educativas.

Dice el profesor González Faraco que Don Quijote vive en manos del azar, el cual le trae demonios y tormentos. Pero, tal vez, sólo somos aquello que estamos soñando de nosotros mismos. No dejemos que nadie nos despierte. Mientras nos perdemos en las

aventuras de ese loco de atar que debe su locura a los libros, soñaremos en su discurso de la edad dorada a la vez que esperamos el desencanto de nuestra señora Dulcinea.

Una lectura antipedagógica nos remite al riesgo de ser libres, serlo al menos durante el acto de leer y serlo después el resto de los tiempos. Y es una invitación —una insinuación o un susurro— al ejercicio de la lectura en libertad. Puede que nos lleve a convertirnos en lectores enloquecidos como Don Quijote, decidido a hacer realidad cuanto había leído, puesto que la lectura avivó en él el deseo de vivir de otro modo. También los libros fueron para el escritor Reinaldo Arenas una manera de huir de la vida mediocre que oprimía la búsqueda de otros mundos, convencido de que estaban en éste.

El profesor González Faraco nos dice que una lectura antipedagógica es, sobre todo, una lectura gozosa, creativa, a veces alegre o triste, otras veces cómica, que busca hacer revivir la pasión con que el texto fue escrito: la profunda humanidad de quien lo escribiera, el misterio del cual se ha ido cargando a lo largo de las múltiples lecturas por las que atravesó a lo largo del tiempo. El lector participa en la creación del texto como quien se zambulle en un río, aunque no sabe —como Alicia al seguir los pasos del Conejo Blanco— adónde puede llevarle la corriente. «No se lee —afirma— para asegurar los cabos de la embarcación y resguardarla de la marejada, sino para desatarlos y dejar que navegue», aunque sea a la deriva, como don Quijote. La antipedagogía de la lectura nos aleja de las viejas pedagogías obstinadas en la búsqueda de la certeza y nos lleva a los espacios libres, a la hermosa incertidumbre de la intemperie. Como Don Quijote, el lector cabalga libremente por sierras y senderos, llanuras y caminos donde se cruza con otros caminantes. Es como aquel pintor que puso el pie en el paisaje que estaba pintando y empezó a andar. Ahora sabemos que la experiencia del arte es una forma de conocimiento, la más audaz.

Las viejas pedagogías... El feudalismo académico del que habla Steiner, aún tan cercano. La primera vez fue a los nueve años: un maestro me dictaba fragmentos del Quijote. Me preparaba para el ingreso en el bachillerato elemental. Todo fue demasiado elemental y sin misterio. Nada fue inesperado, ni abierto a la sorpresa. Pero fue un placer descubrir que la trasgresión era posible, que la irreverencia podía ser la ventana que se abre ante los ojos. En

definitiva, el acceso a nuestra propia lectura del mundo. Porque el mundo está escrito con signos de misterio. La lectura antipedagógica no precisa de interpretaciones, se sabe inacabada, conoce la precariedad de sus afirmaciones, y sabe que no hay nada definitivo a no ser lo impredecible. De esta manera el texto se libera de los intereses temporales: lecciones morales, mensajes pedagógicos, propuestas educativas y aprendizajes significativos, al tiempo que recupera la libertad soñada: el camino hacia el lugar, puede que sea en el último extremo del bosque, donde, entre miles de enigmas, habita lo bello. El lugar donde podríamos instalar algunas de nuestras emociones más hermosas.

GABRIEL JANER MANILA,
Universitat de les Illes Balears